

PERFECTAMENTE AERODINÁMICO

Desvié los ojos del libro que tenía abierto sobre la mesa. Nunca había puesto reparo en cuán angosta era la calle, pero si uno cerraba los ojos y levantaba el brazo parecía como si pudiera tocar con facilidad el edificio de enfrente. ¿Tanto había afectado la carencia de afecto de los últimos días que hasta los edificios parecían querer tocarse entre sí? Solía mirar hacia la calle, no tenía más remedio que hacerlo. El apartamento solo disponía de una ventana, así que había aprovechado el ajetreo de los últimos días para trasladar el escritorio a la terraza, donde siempre tocaba el sol.

Sabía con certeza que, si algo la había curtido durante todos estos años de estudio, era la resiliencia. Y esta vez era una situación perfecta para ponerse a prueba.

Una no se mudaba a un país extranjero, eligiendo lugar de residencia con meses de antelación y escogiendo con la exactitud de aquel que juega a una partida de ajedrez las mejores asignaturas en la universidad de llegada para desaprovecharlo.

Ante este punto y con las maletas por deshacer desparramadas por la habitación, cayó la noticia como una jarra de agua fría sobre mis espaldas. Todos los planes que durante años había ido construyendo parecían desmoronarse un 15 de marzo de 2020, recién llegada a España para el intercambio de mi vida. Tuve en cuenta todos los factores, menos el de disfrutar de este año sumida en mitad de un pandemia.

Ante este panorama, apagué el televisor, separé las cortinas para que entrara más luz, y me preparé mentalmente para la maratón de estudio haciendo un sonoro chasquido con los dedos y apretando los nudillos.

Una podía salir de ese piso siendo más culta y mejor persona que cuando entró, así que había que aprovecharlo.

Entre las videollamadas a familiares y amigos, tuve tiempo para las clases, limpiar el piso, hacer deporte, infinitas horas leyendo y repasando libros viejos, e incluso me sentí especial cocinando con el horno. Tanto, que parecía que solo me alimentaba de panecillos que había dejado reposar durante toda la noche, y con satisfacción, los sumergía en la leche, recién horneados, durante el desayuno.

Pero esto había terminado, los exámenes finales se acercaban y una debía invertir mejor el tiempo.

A medida que pasaban los días todo pareció adquirir un tinte melancólico, ensombreciendo de soledad y pensamiento crítico mis largas horas de estudio en la terraza.

Era uno de esos días cuando me percaté de que no estaba sola. Una chica que parecía de mi misma edad estudiaba también en el balcón del segundo piso de enfrente.

Esbocé un amago de sonrisa y, divertida, empecé a doblar uno de los muchos papeles amontonados en la mesa, una, dos, tres veces, hasta que en él se intuyó la forma de un avioncito de papel, perfectamente aerodinámico.

- Si acierto, me merezco un descanso.

Tenía la mano alzada, dispuesta a lanzar el avión, cuando intuí el logo morado de la universidad en una de las casillas de la derecha del papel en el que la chica dibujaba.

- Vaya...

Exactamente la misma lámina de dibujo que yo acababa de terminar.

Bajé el brazo de nuevo y escribí apresuradamente “¿Te ayudo? ¡Lo llevo bien!”

Contemplé una última vez y tiré el avioncito de papel, y cuál fue mi sorpresa al ver que este ni revoloteó o tomó una dirección diferente, sino que se dirigió con convicción y esmero hacia la cabeza de la chica, con tal violencia que lo frenó una de sus sienes.

Me escondí, riendo incrédula, incapaz de creer que hubiera acertado. Por las rendijas del balcón vi que la chica buscaba extrañada de dónde procedía el avión mientras se tocaba la cabeza.

- ¡Pensé que no acertaría!- dije gritando mientras alzaba la cabeza.

Aún estaba escondida de rodillas y me agarraba a las rendijas del balcón.

- ¡Pues lo has hecho!... - dijo señalando sus apuntes. - ¿Cómo lo llevas?

Ahora ella también se había levantado de su silla y se reclinaba en el balcón.

- Pues bastante bien, la verdad, acabo de terminar la última lámina. La misma que tienes en la mesa.

- ¿Sigue en pie esa oferta? Levantó el avioncito de papel que aún sujetaba con la mano.

- ¡Pues claro!

- Oye, pero tú no eres de aquí, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

Resultó ser una estudiante magnífica de mecánica.

La soledad había hecho mella en nuestra sociedad, ya de por sí cada vez más individualista, y estábamos tan privados de contacto social que cualquier interacción era válida. Esa pequeña anécdota nos dio una excusa para entablar amistad en tiempos extraños, y empezamos a hacer sesiones de estudio después de intercambiarnos los números. Tal vez nos hubiéramos podido conocer estudiando en la biblioteca en noches de cafeína y ayuno, luchando contra los párpados que parecen cerrarse ya bien entrada la madrugada. Pero nuestra suerte fue otra, y yo me alegraba. Merendábamos a medio tiempo, y estudiábamos hasta la hora de cenar. Era la primera amiga que había hecho en Córdoba.

La única vez que cometimos un terrible error fue cuando le quise pasar el libro de mecánica por el balcón, y ella gritó antes de tiempo para que no lo hiciera:

-NO!NO!NO!NO!NO!

Pero era tarde, había tirado el libro y este se enganchó en los cables del tendedero de ropa de la vecina. Las dos contemplamos cómo un montón de hojas salían desparramadas por el aire y el libro caía al suelo haciendo un sonoro ¡plof!. Estuvimos un rato en silencio contemplando con estupidez el suelo donde ahora reposaba el libro.

-Me asusta un poco que quieras ser ingeniera, la verdad – dijo con los ojos pegados al suelo.

-Ya, yo también lo pienso a veces.

- No te dediques a la construcción jamás, por favor.

- Lo tendré en cuenta.

-Tampoco diseñes aviones, y si algún día diseñas uno, me avisas.

-Mmm - asentí

Levantó un momento la cabeza para mirarme.

-Es para no subir –dijo tajante.

Y volvió a dirigir la mirada al suelo.

- ¿De verdad creías que me alcanzaría?

Seguimos hablando durante un buen rato con la mirada fija en el pavimento

- Al menos desde aquí puedes leer las página 63 y 64, y si hace viento tal vez las otras – dije con una sonrisa.

La verdad es que toda la vida me alegré de haber sabido hacer aviones de papel, porque gracias a ellos ese año había aprobado mecánica.

Era 13 de septiembre y me encontraba sentada en la terraza leyendo uno de esos libros de la guía docente para el nuevo curso, cuando una voz familiar dijo mi nombre desde el otro balcón.

Me incorporé justo a tiempo para saludar a la chica que me lanzaba el mismo avión de papel que, meses antes, yo le había dado, acerté y lo cogí con la mano haciendo un saltito. Le había crecido el pelo y estaba morena.

Había decidido alargar mi estancia un año más.